

Rafael María Baralt: filósofo social. Los orígenes de la venezolanidad

*Germán Cardozo Galué**

RESUMEN

Rafael María Baralt, notable historiador, poeta, filólogo, periodista, orador, político, diplomático, ensayista, crítico y narrador, fue pionero de la filosofía social en Venezuela. Estudió y compartió algunos de los principios del socialismo europeo de mediados del siglo XIX. A partir de la lectura de su obra historiográfica, en este artículo se analizan algunas de sus reflexiones sobre las características de la sociedad que accedió al importante período de la Independencia y creación de la República, surgimiento de Venezuela como entidad nacional y los orígenes de la venezolanidad. Según Baralt, España transplantó a América pobladores e instituciones pero no la cultura y las tradiciones. Este hecho propició el desapego de los americanos a sus orígenes hispanos, el sentido de procedencia histórica y la conciencia de pertenencia cultural, política y económica a la monarquía, elementos todos ellos básicos para la creación de una identidad. Estas ausencias permiten explicar desde una perspectiva histórica la tardía incorporación de las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana al proceso de Independencia y el lento proceso de aceptación, durante el siglo XIX, del gentilicio "venezolano" en la totalidad territorial y social del país.

PALABRAS CLAVE: Rafael M. Baralt, historia, socialismo, Independencia, nación, Estado nacional, venezolanidad.

* Historiador. Profesor Emérito de la Universidad del Zulia. gcardozog@gmail.com

Rafael María Baralt: Social Philosopher. The Origins of Venezuelan Identity

ABSTRACT

Rafael María Baralt, notable historian, poet, philologist, journalist, orator, politician, diplomat, essayist, critic and narrator, was a pioneer in social philosophy in Venezuela. He studied and shared some of the principles of European socialism of the mid-nineteenth century. Based on the reading of his historiographic work, this article analyzes some of his reflections about the characteristics of society that gave way to the important period of Independence and creation of the Republic, the emergence of Venezuela as a national entity and the origins of Venezuelan identity. According to Baralt, Spain transplanted populators and institutions to America, but not culture and traditions. This fact propitiated detachment of the Americans from their Spanish origins, the sense of historical precedence and the awareness of belonging to the monarchy culturally, politically and economically, all basic elements for creating an identity. These absences made it possible to explain, from a historical perspective, the late incorporation of the provinces of Coro, Maracaibo and Guayana in the Independence process and the slow process of its acceptance by the “Venezuelan” people during the nineteenth century, throughout the entire territory and society of the country.

KEY WORDS: Rafael M. Baralt, history, socialism, Independence, nation, national State, Venezuelan identity.

Introducción

Rafael María Baralt, con su obra *Resumen de la Historia de Venezuela*, sembró el sentido de pertenencia a una nación que empezaba a llamarse Venezuela y con ella regó las débiles raíces de una *venezolanidad* incipiente.

En la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, gobiernos autócratas de facto expusieron al naciente país, aún no del todo consolidado como nación, a constantes desaciertos que amenazaron su estabilidad política, económica y social. El período “democrático” de fines del XX despertó la esperanza de consolidar un país civilista y enrumbado hacia desti-

nos acordes con los ideales de la sociedad que había participado en el proceso de Independencia e iniciado la lenta y sinuosa marcha hacia la consolidación del Estado nacional.

Hubo, durante este período, importantes logros políticos y económicos, pero acompañados de populismo y corrupción por parte del liderazgo nacional que condujo al fallido golpe de Estado del 4 de febrero de 1992, prisión de militares involucrados y su sorpresiva excarcelación.

La *Constitución Bolivariana de Venezuela* ofreció una plataforma política, económica y cultural modelo para la construcción de una cabal sociedad democrática

Sus enunciados condensaron la doctrina de la actual democracia social, aquella que expusiera hace ciento cincuenta años Rafael María Baralt en sus *Escritos políticos* (1972).

Los principales postulados expuestos esta obra revelan, entre otros rasgos, al filósofo social y su aporte al establecimiento de las bases de Venezuela como nación moderna y a la construcción de la *venezolanidad*, esencia del ser venezolano.

1. Formación académica

Nació en Maracaibo el 3 de julio de 1810, hijo del Coronel venezolano Miguel Antonio Baralt de ascendencia catalana y de Ana Francisca Pérez, oriunda de la República Dominicana. Debido a las vicisitudes políticas de las guerras de Independencia, la familia se trasladó a Santo Domingo, donde transcurrió la mayor parte de su infancia y adolescencia.

En 1824 viajó a Bogotá en compañía su tío Luis Andrés Baralt. En el Convento de Santo Domingo hizo estudios de latinidad y se graduó en Filosofía y Derecho en los Colegios de la Merced y San Bartolomé, actual Universidad Javeriana de Bogotá. De regreso a Maracaibo en 1828, se estrena como periodista en *El Patriota del Sulia*, fundado con el propósito de informar sobre la política grancolombiana del momento (Millares Carlo, 1969).

Agustín Millares Carlo (1969: 23), autor de la mejor biografía sobre Rafael María Baralt, comenta al respecto:

Un cambio profundo debió producirse por entonces en la actitud que Baralt había venido asumiendo frente a los acontecimientos políticos que se desarrollaban en su patria. El mismo que en 1828 expresara públicamente, como hemos visto, su adhesión a la persona de Bolívar, firmaba, poco menos de dos años después —el 16 de enero de 1830— el acta por la cual separábase la ciudad de Maracaibo de la Gran Colombia y reconocía, como las demás venezolanas, la autoridad del general Páez.

Consumada la separación de Venezuela de Colombia, Baralt se trasladó a Caracas. En 1840, el general José Antonio Páez le confió con la colaboración de Ramón Díaz la redacción de una historia de Venezuela. Acompañados por Agustín Codazzi, estos pioneros de la historiografía y geografía venezolanas trabajaron arduamente. Con sus obras colocaron las bases de las columnas que ofrecerían necesario y sólido soporte a la novel República: una historia y una geografía.

A objeto de trabajar en estas investigaciones, Baralt, Díaz y Codazzi se trasladaron a España y Francia, países que ofrecían además de la tranquilidad necesaria para avanzar en su cometido, excelentes bibliotecas, fuentes documentales y los recursos tipográficos más avanzados para la época.

En 1841, salió a la luz pública la primera edición del *Resumen de la Historia de Venezuela*, impreso en París por H. Fournier y Cía. Cuatro reediciones principales ha tenido la obra hasta el presente.

Luego de cumplidos estos compromisos, Rafael María Baralt partió definitivamente hacia España en 1842, donde residiría hasta su fallecimiento en 1860. Motivos aún no del todo claros lo llevaron a ausentarse del país.

Afirma Augusto Mijares (1972: 14), eximio historiador, sociólogo, pedagogo y periodista venezolano de mediados del siglo XX: “se ha llegado a sospechar que su alejamiento de Venezuela se debió a los rencores suscitados por su *Historia*”. Hipótesis no tan alejada de la realidad en una Venezuela convulsionada por las rivalidades entre caudillos militares y personalidades civiles que aspiraban a presidir los destinos de la nueva República.

En 1836 había estallado la insurrección armada conocida como la *Revolución de las Reformas*, coyuntura en la cual Baralt tomó partido, ini-

ciada desde el mismo momento de la proclamación el 9 de febrero de 1835 de José María Vargas como Presidente de la República, luego de derrotar en los comicios de 1834 al General Carlos Soublette, candidato apoyado por José Antonio Páez, mecenas de nuestro insigne historiador. Estas circunstancias políticas y las posibles críticas surgidas en la prensa contra Baralt, por su exaltación en el *Resumen de la Historia de Venezuela* de algunos héroes del proceso de Independencia y omisión de otros, pudieron haber contribuido a alejar a Baralt de Venezuela. No debe descartarse la hipótesis de que al igual que Andrés Bello y Simón Rodríguez buscara fuera Baralt tras horizontes menos convulsionados que le permitieran continuar su crecimiento y expansión como literato, filólogo y periodista.

Antes de viajar definitivamente a España, el primer presidente de la República de Venezuela, José Antonio Páez, le encomendó a Baralt la redacción de la *Memoria sobre los límites de Guayana*; más tarde investigaría en la madre patria un cuerpo de documentos en apoyo de la gestión diplomática de Alejo Fortique quien fuera el primer venezolano en iniciar las reclamaciones formales ante el Gobierno Británico de los territorios ubicados al Oeste del río Esequibo

Baralt se radicó en Sevilla donde compuso y publicó en 1842 la hermosa y nostálgica Oda, *Adiós a la patria*. Con ella, se despedía en forma definitiva no de la patria recién independizada. Daba un último adiós a su patria real, tan antigua como la presencia hispana. Su patria por nacimiento, su lugar de pertenencia más íntimo, la centenaria "Provincia de Mérida, Espíritu Santo de la Grita y Ciudad de Maracaibo" que abarcara la totalidad del occidente venezolano.

El *Diccionario matriz de la lengua castellana*, publicado en Madrid en 1850, constituyó su apoteosis cuando el 15 de septiembre de 1853 obtuvo el honor de ser el primer hispanoamericano en ocupar un sillón en la Real Academia Española de Lengua.

2. Filósofo social

Importante faceta en la vida y obra de Baralt lo constituye su vinculación con las nacientes formas del socialismo en la Europa de mediados del siglo XIX.

Sus inquietudes intelectuales y sociales se acentuaron. Pronto se vio involucrado en la política española. Residenciado en Madrid, en 1849, fue designado redactor y editor principal de *El Siglo*, prestigioso rotativo de la época. En sus páginas había ya divulgado numerosos artículos filosóficos y políticos. Ostentaba *El Siglo* en su consigna editorial este lema que constituyó un posicionamiento político ante toda forma de estatismo monárquico o las nacientes tendencias comunistas: “*En punto a doctrinas seguiremos siendo los más avanzados centinelas de la democracia española*”.

En los *Programas políticos*, obra publicada por Baralt en 1849, revela sus experiencias con los partidos españoles moderado y progresista, precursores de la tendencia conservadora y liberal. Baralt militó en este último, fue un liberal convencido (Millares Carlo, 1969).

Dos eran los principios que consideraba indispensables para la buena marcha de toda sociedad: *libertad y democracia*. Afirma en su citada obra:

Profesamos la doctrina que une íntimamente la libertad política a la civil, y ésta a la industrial; juzgamos incompatible todo género de esclavitud y opresión a través del poder, a costa de la ventura y la dignidad de un pueblo; vivimos en la profunda convicción de que la libertad, siendo como es, el origen, la condición y la garantía de todo bien, es y debe ser una, indivisible y homogénea, tan necesaria en las masas como en el individuo, en el gobierno como en la familia... Socialismo y comunismo tienen pretensiones exageradas, pero no son la democracia (Baralt, 1972: 125 y 128).

Estas afirmaciones adquieren plena vigencia en actualidad. Somos testigos, desde hace ya varias décadas, de una sociedad globalizada en permanente y dinámico proceso de cambio. Los idearios sociopolíticos y sus correspondientes modos de vida aparecen y desaparecen en marcha hacia destinos poco predecibles.

Son estos, tiempos de coyunturas sociopolíticas, económicas y culturales que periódicamente, y cada vez con más frecuencia, mutan a nivel mundial bajo el constante impacto de las directrices de los medios de comunicación.

No es ya la misma época que vio crecer a Baralt y convertirse en intelectual de alto nivel, tanto en su patria de origen como en aquel voluntario y fructífero exilio europeo.

Sin embargo hay quienes afirman en recientes ensayos que Rafael María Baralt fue socialista e incluso comunista. No se debe descontextualizar a la ciencia histórica. Siempre será el más grave y craso error en que pueda incurrir quien se precie de historiador. La historiografía ha sido, es y será siempre hija de su época.

Baralt, testigo del nacimiento de las tendencias socialistas y comunistas en la Europa occidental, reconoció como justa la defensa que hiciera de la propiedad François Guizot, historiador y político francés. En uno de sus *Escritos políticos* para la prensa madrileña afirma: "... sin la propiedad no hay trabajo, sin trabajo no hay producción, sin producción no hay riqueza ni aun alimentos, y sin éstos no hay sociedad" (En: Millares Carlo, 1969: 128). Consideraba a la democracia como una de las grandes conquistas del género humano.

En relación con su interés por el socialismo, Augusto Mijares (1972: 22) recoge esta cita de Baralt:

Visto de cerca el mundo actual, bajo la forma que ha dado el gobierno representativo, semeja un vasto campo donde un mismo pueblo se halla dividido en dos pueblos diferentes: uno que posee todos los instrumentos del trabajo, tierras, casas, capitales, derechos, facultades, inteligencia, fuerza, voluntad; otro que nada posee, porque de nada puede hacer uso a su albedrío y cuyas son, como necesidades inseparables de su existencia, la sujeción, la fatiga, la servidumbre, el hambre, en paz, en guerra. Este segundo pueblo mantiene al primero; para él trabaja y por él sufre: pero, en descuento, por él vive gobernado de padres a hijos con el equitativo imperio que le dan la propiedad y la herencia de las condiciones y los títulos sociales... Los dos pueblos de que acabamos de hablar pueden ser por consiguiente clasificados de otro modo: pueblo que hereda la ociosidad; y pueblo de quien es patrimonio el trabajo: pueblo señor y pueblo siervo.

A este propósito comenta Augusto Mijares (1972: 23) "Desde luego que yo tampoco pretendo probar que Baralt llegara hasta el marxismo. En lo fundamental de su pensamiento, y en su vida, fue siempre un liberal. Pero me ha parecido muy interesante para la historia del pensamiento venezolano, y aun para el de España durante aquella época, esa presencia de Marx en el linde combativo de las ideas de Baralt".

¿Cuál era para Baralt el verdadero concepto de socialismo?

...No obstante las discusiones que ciertas escuelas socialistas han suscitado en orden a la comunidad de trabajo y de bienes, y tocante a la intervención del Estado en el comercio y en la industria, el número mayor y la casi totalidad de sus hombres de luces y valía admite y confiesa hoy la razón inmanente, incorruptible y providencial de las sociedades, y está de acuerdo en sostener como principios eternos suyos la familia, la herencia, la libertad individual, la libertad de trabajo y la afirmación del Ser Supremo. Estos principios como sociales: la soberanía del pueblo, el voto, o como ahora se dice, sufragio universal, y la unidad del poder público, como axiomas políticos, forman la base de la escuela socialista y el punto de partida de su sistema práctico de gobierno... El socialismo es la protesta que hace la libertad política y la igualdad social contra las instituciones y las leyes que ponen obstáculos al ejercicio de la una y al establecimiento de la otra (Baralt, 1972: 306-307).

3. Orígenes de la venezolanidad

De acuerdo con la filosofía, la venezolanidad es una abstracción; es nuestra esencia que se concreta en la realidad en la existencia de cada uno de nosotros, en el ser y existir como venezolanos, así como la esencia *humanidad* se concreta en cada hombre y mujer de manera individual.

La *venezolanidad* es el concepto que define al gentilicio “venezolano”. Un encuentro diario con la historia, costumbres y tradiciones de la geografía nacional. Un modo de ser y de vivir, una manera de sentir y actuar que brota de las entrañas de “la misma tierra”, al decir de Don Rómulo Gallegos. Una marca a lo interior, imborrable, que se genera y regenera de manera permanente desde lo más hondo de nuestras raíces y sentir.

La *venezolanidad* es también el orgullo de la identidad compartida. Renace incesablemente desde las profundidades de nuestra naturaleza civil y ciudadana que a lo largo de los siglos se ha significado y resignificado, que permanece y se profundiza, a pesar de los avatares y caprichos de lo político, a pesar del periódico enquistamiento en el poder de autócratas que, sin éxito, han intentado separar y enfrentar los venezolanos con el propósito de erradicar nuestro centenario modo de vida y trocarlo por modelos exógenos, no acordes con nuestra *venezolanidad*. Desde Guzmán Blanco hasta el presente.

A nadie le asiste el derecho de pensar ni decidir por nosotros pues constituimos una individualidad única e irrepetible; como venezolanos existimos y, como venezolanos actuamos por nosotros mismos en nombre de la *venezolanidad* adquirida en la larga duración a partir del difícil y cuesta arriba juego dialéctico entre nuestros tradicionales pueblos y regiones históricas y los poderes ejecutivo, legislativo y judicial del centro de la República.

Nada simple la empresa de extraer de un disperso mosaico de provincias españolas el sentido de pertenencia a una nueva nación. Los Libertadores asumieron el compromiso de independizarnos políticamente de la monarquía española, y una figura prominente de las letras, Rafael María Baralt con su aporte de un *Resumen de la Historia de Venezuela* construyó las bases del ser nacional. Sembró y regó las raíces de la *venezolanidad* a partir del estudio y reflexión sobre nuestro proceso histórico anterior a la etapa de la emancipación.

Hispanoamérica, obedeciendo a razones principalmente económicas, fue tempranamente unificada mediante la creación de extensos Virreinos, Gobernaciones y Capitanías. La nación que es hoy Venezuela fue durante la Monarquía un abigarrado y distante conjunto de dispersos pueblos, ciudades y provincias, sujetos políticamente a distantes Audiencias como Santo Domingo y Santa Fe de Bogotá y, en ocasiones, al lejano Virreinato del Perú.

Arduo esfuerzo recayó sobre las autoridades de la novísima Capitanía General de 1777, creada escasamente a treinta años de iniciarse el proceso de Independencia. Para su concreción, como un nuevo país, se hacía necesaria la unificación económica, política y social de aquel extenso y fragmentado territorio.

Esta difícil tarea impactó de manera perceptible los destinos de la construcción de la nueva patria y en especial la lenta definición, durante el siglo XIX, de lo nacional y de la *venezolanidad*.

Nadie más autorizado que Rafael María Baralt, actor y testigo de aquellos tiempos, para rescatar, tomar el pulso y comprender las peculiaridades y significado de la transición de la monarquía al status de nación, del antiguo régimen a la modernidad política.

En el Capítulo XXII y último del primer tomo de su *Resumen de la Historia de Venezuela*, titulado el “*Carácter nacional*”, Baralt, a modo de recapitulación sobre lo expuesto sobre el período de la conquista y colonización, ofrece algunas acertadas consideraciones sobre la sociedad que accedió a los años del proceso de Independencia y a la creación de la República, después de más de tres siglos de formar parte del imperio español.¹

Baralt introduce en la literatura sociohistórica el importante debate sobre los orígenes y naturaleza del ser venezolano, sobre los complejos senderos que hubo de transitar aquella identidad nacional incipiente. Estas breves páginas de su capítulo sobre el “*Carácter nacional*” revelan al filósofo, político, y, hasta podríamos afirmar temprano sociólogo.

El interés por el nivel psicosocial se había hecho presente en Europa desde mediados del siglo XIX. Introdujo Baralt en el poco conocido capítulo de su obra, argumentos que serían desarrollados posteriormente y convertidos en disciplina, a fines del siglo XIX, por el sociólogo francés Gustave Le Bon con el nombre de *psicología social de masas*.

Baralt subraya la importancia del medio ambiente con cierto tinte de determinismo geográfico propio de la época e insiste en el papel de las costumbres en la formación y desarrollo de una sociedad. Afirma:

1 De una vez por todas conviene tener presente que la actual Venezuela al igual que las demás naciones hispanoamericanas no fueron en ningún momento “colonias” de España. A diferencia del caso de Brasil, donde los portugueses establecieron factorías o enclaves para la extracción y saqueo de materias primas y otros bienes, los territorios conquistados y ocupados por la Corona española formaron parte del Reino con las mismas instituciones, derechos y deberes que tenían quienes habitaban la Península. El calificativo de “período colonial” para referirse a esta etapa de nuestro proceso histórico ha sido producto de la corriente historiográfica que surgió en la primera mitad del siglo XX, la “leyenda negra”, que descalificara y aún ignora el pasado hispano para exaltar y aun magnificar desproporcionadamente la gesta de Independencia, y a través del discurso oficial construir una historiografía que privilegiara el estudio y difusión de una historia centralista, de la que hoy se denomina la Gran Caracas con omisión de los procesos económicos, políticos, sociales y culturales de la totalidad territorial y social de la actual Venezuela. Desde hace ya tres décadas los historiadores del occidente, oriente y sur del país se ocupan en la investigación y difusión de una historia de Venezuela incluyente a través de los estudios de historia regional (Nota del autor).

... Las costumbres públicas o el conjunto de inclinaciones y usos que forman el carácter distintivo de un pueblo, no son hijas de la casualidad ni del capricho. Proceden del clima, de la situación geográfica, de la naturaleza de las producciones, de las leyes y de los gobiernos... Más o menos arraigadas en sociedad están ellas, según provienen de las cualidades invariables que sólo la naturaleza puede dar al suelo, o de accidentes transitorios que son efecto de la voluntad o del ingenio humano. Todo hecho físico de aplicación general, determina pues una costumbre: todo hecho moral constante o que por intervalos fijos se repite en el seno de la sociedad, produce el mismo efecto; y éste será general o particular si se aplica al pueblo o a alguna de sus clases; profundo o somero, si es pequeña o grande su influencia en la dicha de los pueblos... (Baralt, S.F: 455-456) ².

Baralt, quien había estudiado latinidad en el Convento de Santo Domingo de Bogotá, maneja acertadamente en este texto como sinónimos los vocablos “costumbre”, “usos” y “hecho moral” pues derivan estos del sustantivo latino “mos, moris” que traduce al castellano, en sus diversas acepciones, las “costumbres”, “modo de vida”, “tradiciones”.

Baralt, en esta clara disertación sobre las costumbres, hace uso del concepto que en la actualidad definimos como “*modo de vida*”. La forma de entender la vida no tanto en el sentido de una particular concepción del mundo, menos aún de una ideología, como en el de una idiosincrasia o un carácter particular o de grupo nacional, regional o local.

Los modos de vida se refieren a “las características que adopta la actividad humana para que se dé la transformación de los sistemas, los ritmos de la estructuración social, las maneras como las nuevas organizaciones desplazan a las viejas, las manifestaciones de las praxis particulares de una formación social constituyendo los elementos que dinamizan su dialéctica” (Vargas, 1990: 63-64).

2 Al final de este artículo, en la sección que Baralt denomina NOTAS DEL AUTOR al tomo primero, en la cita 76, deja la siguiente constancia: “Hemos consultado para este artículo a Humboldt. De él tomamos varias de las ideas relativas al influjo de las producciones agrarias sobre el carácter nacional y a la falta de recuerdos maternos y propios en la colonia”. Cfr. p. 470.

Los modos de vida expresan el quehacer humano dentro de una sociedad y espacio determinados.

Precisa Baralt (S.F: 456):

... Dos hechos al parecer contradictorios llaman desde luego la atención en las costumbres venezolanas; es a saber, la perfecta identidad de ellas con las de España en las clases principales de la sociedad, y la falta total de recuerdos comunes...

Y comenta:

Entre los antiguos pueblos que tuvieron colonias, pasaban a éstas del país materno las tradiciones, que perpetuadas de edad en edad mantenían constantemente un influjo favorable sobre las opiniones y sentimientos de los habitantes... Los españoles, por el contrario, transplantaron de la madre patria a la colonia los hombres y las cosas, y a la vuelta de pocos años el aspecto exterior de las poblaciones, la sociedad doméstica, la política, las creencias, las supersticiones del Nuevo Mundo fueron con pocas excepciones las mismas que tenían en la época de la conquista una parte del antiguo. A pesar de esto los criollos apenas se acordaban de su origen... en medio de la más perfecta igualdad en el idioma, en la legislación y en los usos, se veía con asombro convertida la América en un gran pueblo sin tradiciones, sin vínculos filiales, sin apego a sus mayores, obediente sólo por hábito y por hábito e impotencia... (Baralt, S.F: 457).

Esa "América sin vínculos filiales, sin apego a sus mayores, obediente sólo por hábito y por hábito e impotencia", de la cual nos habla Baralt, se correspondió históricamente con aquellas extensas jerarquías territoriales que abarcaban virreinos, gobernaciones, capitanías generales y provincias, donde sus habitantes carecían del sentido de procedencia histórica y de la fundamental conciencia de pertenencia cultural, política y económica a una monarquía.

Es este uno de los principales puntos que aborda Baralt en el texto que comentamos cuando expone las dificultades históricas con las cuales debería enfrentarse la nueva República para concretar en Venezuela la realidad de un Estado-nacional más allá de los enunciados de la Constitución. De momento Venezuela sólo existía en el discurso político, en las páginas de las constituciones que se aprobaron a lo largo del siglo XIX.

Los pobladores de aquel extenso país tardaron décadas en identificarse como venezolanos después de la creación de la República. Abundantes testimonios, de la segunda mitad del siglo XIX, conservados en diversos archivos venezolanos, lo confirman. Al examinarse los “Registros de pasaportes” de los viajeros que entraban por los diversos puertos de Tierra Firme, al ser requeridos por los funcionarios aduanales sobre su “patria”, “naturaleza” o “nacionalidad”, respondían y se anota en los registros: “cumanés”, “guaireño”, “barcelonés”, “marabino”, “guaireño”, “barinés”, “caraqueño”, etc.³.

Durante siglos, y todavía hacia 1880, el gentilicio se correspondió con el tradicional significado de patria, según lo define el *Diccionario de autoridades* (1979: 108), primera versión del actual *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, publicado en 1737: “El lugar, ciudad, país en que se ha nacido”. Largos años deberían transcurrir para que se diera aquella importante mutación política e ideológica en la mentalidad de la población (Cardozo, 2005).

El reto de crear la nación venezolana y desarrollar el sentido de pertenencia a un determinado espacio implicó el esfuerzo por lograr que mediante la enseñanza de la historia y de la geografía, definición de los símbolos patrios, establecimiento de una moneda única, exaltación de héroes nacionales, Exposiciones Industriales y Artísticas, entre otras medidas oficiales, llegara a concretarse el sentido de pertenecer a una nación llamada Venezuela y fuera aceptado por el imaginario histórico popular que la nación venezolana trascendía los límites de la antigua Provincia de Venezuela, creada en 1527 que sólo comprendía abarcaba a la región central del país.

Para aproximarnos a esos momentos sería interesante analizar bajo esta perspectiva la revista “*El Cojo Ilustrado*”, publicada en Caracas entre 1892 y 1917, la primera revista de carácter nacional. Sus editores proyec-

3 “Registro de los pasajeros que llegan a este puerto procedentes del extranjero con expresión del día de entrada del buque; de la calidad, nacionalidad y nombre del buque y de su capitán; de su procedencia y destino; y del nombre, edad, naturaleza y profesión de los pasajeros”. Maracaibo, 1 de Julio de 1842 a 30 de junio de 1843. *Archivo Histórico del Estado Zulia*, 1831, tomo 4, legajo 22.

taron a través de artículos, grabados, fotografías y publicidad un retrato de la totalidad territorial y social de Venezuela en lo socioeconómico, cultural y político.

Las reflexiones escritas por Baralt en el texto que comentamos referido al "*Carácter nacional*", apuntaron hacia las causas de la tardía definición e identificación de la totalidad de los habitantes de la actual Venezuela con lo venezolano, con la *venezolanidad*.

Hizo severas críticas al régimen español por no haber sembrado la instrucción general en sus territorios de ultramar:

...Y muy particularmente la del cultivo de las bellas letras... Las humanidades las aprendieron en libros extranjeros. Los nombres de Racine, Corneille, Voltaire y otros insignes autores franceses fueron conocidos y ensalzados primero que los de Lope de Vega, Calderón, Garcilaso, Granada, León, Mariana... Así el gobierno español, cuando privó a sus colonias de estos estudios, renunció neciamente a una de las más grandes simpatías que debían unir los pueblos de sus dominios, en beneficio general y de sí mismo (Baralt, S.F: 458-459).

Continúa Baralt esta disertación con una tipología de aquella sociedad que accedió al proceso de independencia y a la construcción de la República:

...El suelo agreste e inculto se ostentaba en toda la pompa y majestad del tiempo primitivo: aquí se veía el bosque no talado, allí la selva umbría, las llanuras inmensas, la sierra, el valle, con todos sus primores: naturaleza colosal en sus formas, sublime en su abandono... Éstas cultivaban una porción pequeñísima del campo a la falda de las cordilleras; cada familia proletaria o un grupo reducido de ellas, separada de las otras por distancias considerables que hacían mayores los pésimos caminos y la falta de puentes... La soledad, la benignidad del clima y la carencia de necesidades, desarrollaron en ellos varios sentimientos principales que pueden considerarse como base de su carácter: desapego a toda especie de sujeción y de trabajo, indiferencia por la cosa pública, el amor genial del hombre por la independencia... Estas cualidades eran comunes a los habitantes de la región de los bosques y del litoral... (Baralt, S.F: 461).

Especial atención presta a los habitantes de las llanuras. Ofrece una visión casi apologética de los llaneros y de su modo de vida. En ella destaca, en particular, sus costumbres, carácter y cualidades:

Gran fuerza muscular y una agilidad extraordinaria... es por necesidad astuto y cauteloso... jamás hace traición al que en él se confía ni carece de fe y honor... debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero"... no asesinan cobardemente al rendido... Tres sentimientos principales dominan en su carácter: desprecio por los hombres que no pueden entregarse a los mismos ejercicios y método de vida, superstición y desconfianza... Tiene el llanero prontitud y agudeza en el ingenio... son aficionadísimos a la música y al canto, e improvisan con mucha gracia y facilidad sus jácaras y romances... El llanero en fin, ama como su verdadera y única patria las llanuras" (Baralt, S.F: 461-463).

Finaliza esta caracterización de la sociedad llanera comparándola con la perteneciente a la región montañosa y de las costas:

... El influjo de la autoridad y de las leyes era casi nulo en las llanuras, donde el hombre se sustraía fácilmente al freno de la autoridad; por eso en el llanero descubrimos los vicios y virtudes del estado natural. En las montañas y en las costas la generalidad del pueblo, fuertemente modificada, como hemos visto por la legislación, el clima y las producciones de la tierra, presentaba en su indolencia y apatía los caracteres de la servidumbre (Baralt, S.F: 463).

Baralt discurre por aquellos tres grandes sectores territoriales donde habitaba la mayor parte del conglomerado social venezolano: montaña, litoral y llanos. Toma en cuenta espacio, naturaleza y costumbres o modo de vida. No omite, finalmente algunas consideraciones acerca de las que denomina "clases envilecidas", a saber, esclavos negros e indígenas:

...El esclavo africano que labraba la tierra no tenía propiamente otra costumbre que la de trabajar y sufrir... En cuanto al indio reducido, ya le conocemos: también al pardo libre, menos embrutecido que él, menos oprimido que el esclavo, pero también vejado por la opinión y por las leyes. Qué importaba que estas fuesen más generosas con el criollo, si un sistema mezquino y erróneo de política le impedía el disfrute de sus ventajas?... (Baralt, S.F: 464).

Este fundamental ejercicio de análisis sobre los rasgos dominantes en la formación social venezolana de principios del XIX constituye el más significativo aporte de Rafael María Baralt a la comprensión y definición del “*Carácter nacional*”. Conviene tomarlo en cuenta para el estudio de los orígenes de la *venezolanidad*.

Baralt en un exaltado final de esta disertación regresa imaginariamente a los años de las guerras de Independencia y exclama en tono triunfante:

... La libertad, empero, alma de lo bueno, de lo bello y de lo grande, diosa de las naciones, brilló por fin sobre la patria nuestra; y en ese día ¡cuánta luz no brotó de aquellas tinieblas, cuántos héroes no salieron de aquella generación de esclavos!... (Baralt, S.F: 464).

Si aún quedan rezagos en textos y manuales escolares venezolanos de la *leyenda negra*, aquella con la cual la historia tradicional estigmatizó la presencia de la monarquía española en América y obvió o minimizó su importancia en el estudio del proceso histórico venezolano, no debe escandalizar a los actuales historiadores que un Baralt, hijo de la primera mitad del siglo XIX, anunciara de este modo el triunfo sobre el dominio hispánico. Recuérdese aquel aforismo irrefutable: “*La historiografía ha sido, es y será siempre hija de su tiempo*”.

Finalmente, Baralt lanza este crítico reto:

... ¿Dónde estaban entonces los que hoy ultrajan la memoria de los libertadores? Unos no habían nacido, otros engrosaban las filas de sus antiguos enemigos, quienes estaban a contemplar tranquilamente sus esfuerzos en países extranjeros, o escondidos. Justos son muchos cargos, es verdad; pero la ingratitud que quiere hacer de ellos crímenes irremisibles a los creadores de la república, es mil veces más odiosa que la conducta de éstos en los tiempos aciagos para su gloria. Vosotros que buscáis sin odio la verdad, y que, compadeciendo el error, ensalzáis la virtud y admiráis la grandeza; vosotros así como presenciasteis sus errores, visteis también sus magnos hechos; vosotros que hoy gozáis por ellos de una patria libre, gloriosa y llena de esperanzas, no olvidéis para juzgarlo que ellos la recibieron esclava, oscura y sin vida de manos de sus dominadores... (Baralt, S.F: 464).

Consideraciones finales

El principal aporte de Rafael María Baralt al estudio de los orígenes de la *venezolanidad*, eje del *Resumen de la Historia de Venezuela*, lo constituyen esas breves páginas que dedica al tema de la *Cuestión Nacional* en las cuales caracteriza a la sociedad de la Capitanía General de Venezuela que participa en los procesos de Independencia y creación de la República en 1830. La describe como una sociedad que se halla dispersa en un mosaico de provincias; durante el régimen monárquico cada una de ellas ha desarrollado sus propios procesos económicos, sociales, políticos y culturales.

Baralt explica esta insularidad de las provincias españolas en el contexto del proceso general de colonización en América. Durante tres siglos, España transplantó a los territorios conquistados sus milicias y funcionarios pero no sus costumbres y modo de vida como lo hicieran griegos y romanos durante su expansión por la Europa occidental; este proceder dio como resultado que no se desarrollara en sus posesiones el sentido de pertenencia a la nación española. La ausencia de centros de estudios superiores donde se impartiera la instrucción general dio también origen al desconocimiento de una cultura que hubiera unido a los dominios de ultramar.

De ahí que a pesar del discurso político de los próceres y gobernantes en torno a la unidad nacional aunque se concretara en una Constitución no fue suficiente para crearla en la práctica. De momento Venezuela sólo existirá en el discurso jurídico político. Deberían pasar varias décadas, hasta finales del siglo XIX, para que cumaneses, caraqueños, merideños, trujillanos, barineses, marabinos, etc. se reconocieran unos a otros bajo el gentilicio de venezolanos.

Referencias

- Baralt, Rafael María (1972). *Obras completas. Tomo VII*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Baralt, Rafael María (S.F.). *Resumen de la Historia de Venezuela. Tomo I*. Caracas, Reimpresión de la Academia Nacional de la Historia con motivo de su cincuentenario.
- Cardozo Galué, Germán (2005). Venezuela: de las regiones históricas a la nación. Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Na-

cional de la Historia. Caracas, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LXXXVII, Enero-Marzo de 2005, n° 349, p. 7 - 48

Diccionario de autoridades (1979). Madrid: Editorial Gredos. La primera edición apareció en 1737.

Mijares, Augusto (1972). Prólogo al tomo VII de las *Obras completas* de Rafael María Baralt. Maracaibo: Universidad del Zulia, 1972.

Millares Carlo, Agustín (1969). *Rafael María Baralt (1810-1860 Estudio biográfico, crítico y bibliográfico)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Vargas Arenas, Iraida (1990). *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Caracas: Editorial Abre Brecha.